

La presencia del lenguaje: George Steiner (1929-2020)



George Steiner durante una conferencia en 2013.

La figura de George Steiner ha representado una **visión compleja y profunda** en el panorama del **Humanismo**, en el **estudio de las letras y de las artes en general**. Su interés por el **entendimiento del lenguaje y su función** aparece en su obra crítica, en su propia interpretación poética y en debates tan fundamentales como la traducción o la definición de la cultura.

La valoración de toda una vida intelectual potente y fructífera puede adoptar variadas formas en su presentación escrita: enciclopédica, antológica, personal, laudatoria o simplemente descriptiva. Ante una obra tan ingente y profunda como la de George Steiner, se puede seguir, como en este caso, una perspectiva lectora para comprender, aún parcialmente, el complejo entramado crítico y filosófico del autor que representa el fundamento de lo que podríamos llamar la renovación del humanismo en la segunda mitad del siglo XX. Los niveles interpretativos pueden alcanzar cotas altísimas y desvelar procelosos discursos sobre obras, autores y épocas. La lectura, en su acepción más conocida de juego psico-lingüístico de adivinación, proporciona un espacio calmo de reflexión y entendimiento, lo que puede contribuir a un mejor entendimiento de la obra, como actividad comprometida con la escritura. El propio Steiner en un artículo de

**JOSÉ LUIS
MARTÍNEZ-DUEÑAS**

Catedrático de Filología
Inglés en la Universidad de
Granada. Académico

1976, “Text and context”, reflexionaba sobre la tarea de la docencia universitaria, enfrascada en la crítica literaria, o la sociología de la literatura, o la escritura creativa y concluía: “Si somos serios en nuestra ocupación, *tendremos que enseñar a leer*”. Y continuaba explicando la necesidad de enseñar a entender una oración, la estructura gramatical de una proposición o la escansión de un verso. Quien propone algo así comprende con acierto y rigor el uso del lenguaje en su dimensión comunicativa de representación mental y discursiva, a la vez que pretende proporcionar claridad y precisión. Me limitaré a exponer y a comentar diversas ideas del autor que, aunque conocidas, no son las que se suponen mayoritarias del dominio público, pues me referiré tan solo a unos cuantos libros de los que trataré de extraer, sin prejuicio o presunción, algunos de los rasgos más destacados de la obra general del autor; un autor, que como él mismo cuenta, era políglota, pues el francés, el alemán y el inglés fueron las lenguas de su infancia y las que le acompañaron toda la vida.

Su primer libro, de 1960, fue *Tolstoi o Dos-toievski*, seguido de la *Muerte de la tragedia*, de 1961, y tres novelas, *Anno Domini* (1964), lo que revela por una parte una visión de la escritura anclada en referencias clásicas y de sentido “universal”, y por otra su propia decisión de interpretar la realidad a través de su particular uso del lenguaje, en la ficción. En todo momento fue consciente de esa relación tan profusa como necesaria entre el crítico y el lector, como explicaba en un artículo de 1979, “Critic/reader”, en *New Literary History*. En sus diversas publicaciones de conjuntos de artículos, encontra-

mos siempre un interés por el autor y su obra, por la lectura de la misma, y una original consideración por el componente material de la escritura: el lenguaje. Así, en su ensayo “The retreat from the Word” (“El retiro de la palabra”), incluido en *Language and silence* (1967), explicaba que hasta el siglo XVII el lenguaje se ocupaba de toda la experiencia y la realidad, mientras que en la segunda mitad del siglo XX el dominio es más estrecho; hay una especie de hastío en el uso, desgastado por los medios de comunicación en masa, o de masas. La visión de un lenguaje condenado a no decirse, es decir, a quedarse en el silencio, es la respuesta a una facundia social ligera y permanentemente que no distingue “las voces de los ecos”. Por eso, escribía que a veces es mejor el poema no escrito. Siempre primaba su relación con el lenguaje, su estudio, su dimensión semántica y pragmática.

En otro ensayo de la misma colección, “To civilize our gentlemen” (“Civilizar a nuestros hidalgos”) insistía en la necesidad de estudiar el lenguaje, la gramática, y dedicarse al estudio lingüístico como complemento del entendimiento de la escritura. Admitía la importancia de una reseña sobre el dramaturgo y poeta John Dryden o un ensayo sobre *Nostromo*, de Joseph Conrad, para el es-

En sus diversas publicaciones de conjuntos de artículos, encontramos siempre un interés por el autor y su obra, por la lectura de la misma, y una original consideración por el componente material de la escritura: el lenguaje

tudiante de literatura y concluía: “Pero ¿acaso no es el trabajo de Jakobson sobre la estructura del habla o de Lévi-Strauss sobre la relación entre mito, sintaxis y cultura tan importante, o me atrevo a decir que incluso más?”. Esta clase de reflexiones sitúa a Steiner en un lugar distinto al que muchos críticos habían ocupado. Algunos jóvenes aprendices de filólogos y de lingüistas en los años 70 y 80 del siglo pasado vimos en George Steiner a un pensador cercano, que explicaba con agudeza la escritura de diversos autores y a la vez entraba con decisión en la compleja consideración de la función lingüística en general.

En *Extraterritorial*, de 1971, se ocupaba en diversos artículos sobre varios autores como Jorge Luis Borges, Samuel Becket o Louis Ferdinand Céline, y también dedicaba un capítulo a Noam Chomsky, “Las lenguas de los hombres”, por entonces muy de moda con su revolución transformacional y generativa. Distingue Steiner entre el activista que participó en la marcha hacia el Pentágono, contra la guerra de Vietnam y contra la escalada de la industria bélica, y el investigador en lógica lingüística y psicología del comportamiento. El análisis que hizo del fenómeno revolucionario en teoría del lenguaje es un capítulo antológico en la histo-

Algunos aprendices de filólogos y de lingüistas vimos en Steiner a un pensador cercano, que explicaba con agudeza la escritura de diversos autores y entraba con decisión en la compleja consideración de la función lingüística en general

riografía lingüística, con un recorrido por todas las ideas de Chomsky, la gramática universal, la estructura profunda, la estructura mental innata y su relación con diversas corrientes filosóficas y referencias a Spinoza y Kant. Igualmente, explicaba Steiner el debate con Skinner y afirmaba que desde los tiempos de Saussure y de I.A. Richards no se había producido un impacto tan fuerte en los estudios sobre el lenguaje. Al fin y al cabo, Steiner insistió en que el entendimiento de la literatura siempre es lingüístico, con todos los matices y precisiones que haya que hacer al respecto.

Esta consideración sobre el lenguaje se plasma de una forma definitiva en la publicación de 1975, *After Babel (Después de Babel)*, un libro que marcó un antes y un después en los estudios sobre la traducción, y esto merece cierto detenimiento. Steiner pensaba en el lenguaje como en un sistema de pensamiento y comunicación que naturalmente está sujeto a la variación y al cambio; las fronteras comunicativas son obvias y a veces imponen unas tasas de entendimiento gravosas e insuperables. De ahí la necesidad de la traducción, que en principio fue también un ejercicio retórico practicado en la antigua Roma para comprobar la comprensión de las obras griegas... En cualquier caso, Steiner manifestaba con frecuencia esa dificultad; y precisamente, terminó su ensayo sobre Chomsky diciendo: “A mí el hombre me parece una bestia más rara y más diversa de lo que le parecería a Chomsky. Y la torre de Nemrod aún permanece incólume”. Esta última metáfora constituye un discurso programático que pretende poner de manifiesto las dificultades de entender las distintas lenguas y sus escrituras,

su mundo mental representado y la transmisión cultural y social consiguiente, sin desdeñar la continuada dimensión histórica. La lectura y el entendimiento de diferentes obras, desde Homero a la Biblia, Dante, Cervantes o Goethe, por citar algo, siempre dependen del conocimiento de otras lenguas. Por tanto, la transmisión de los diversos contenidos en las diferentes lenguas ha de depender de ciertos principios.

En *After Babel* Steiner desplegó su más profundo conocimiento del lenguaje de forma sistemática, ocupándose de teorías lingüísticas y culturales, de la percepción del conocimiento y de diversos aspectos que hay que considerar en ese fenómeno tan complejo que es la traducción. Y la traducción ocurre en cualquier acto de comunicación, lo que pasa es que, como explicaba el propio Steiner, hay quienes piensan que todas las lenguas tienen idéntica estructura profunda al anclarse en universales históricos, genéticos, sociales o culturales iguales de los que se proceden todas las gramáticas, por un lado, y por otro existen los “monadistas”, para quienes las estructuras profundas son inasequibles a la investigación lógica y psicológica, o son abstractas o triviales. A partir de aquí exponía Steiner diferentes puntos de vista en diversos autores desde Leibniz, Vico y Goethe hasta B.L. Whorf, naturalmente pasando por Hum-

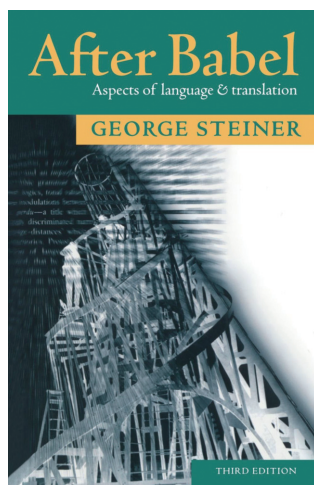
Steiner insistió en que el entendimiento de la literatura siempre es lingüístico, con todos los matices y precisiones. Pensaba en el lenguaje como en un sistema de pensamiento y comunicación naturalmente sujeto a la variación y al cambio

boldt, Herder y luego Boas y Sapir. Tal acumulación de pensamiento refleja la forma en la que Steiner entendía el planteamiento de un problema; en él no hay nada trivial, superficial o ligero. Para Steiner, como explica en su capítulo sobre la palabra contra el objeto, “Word against object”, la traducción es “la ejemplificación constante y necesaria de la naturaleza dialéctica del habla, a la vez unidora y divisoria”. Su continuo interés en la multiplicidad de las lenguas le llevó siempre a este tipo de razonamientos, todo ello ilustrado con diferentes ejemplos de distintas literaturas y épocas. Su reflexión no aparece nunca infundada y así, al tratar de la teoría de la traducción y su historia comenzaba con Cicerón y Horacio para concluir que la traducción no es una ciencia sino un arte exacto. Mucho habría que comentar de este libro, en mi opinión una de sus obras más complejas y reveladoras si no la que más, pero he de concluir este comentario con una referencia de mucho interés. Es bien sabido que en nuestra crítica nacional, se echa de menos que autores como Steiner se ocupen de nuestras letras debidamente (otro que cae en el mismo saco es Harold Bloom); precisamente en esta obra aparece una referencia importante y que en su momento fue novedosa: la mención de *Esplendor y miseria de la traducción* de Ortega y Gasset, al que cita en seis ocasiones. Al menos, una obra tan señalada aparece en un libro tan principal, y creo que no me equivoco al decir que más de uno conocería esta obra de Ortega por las citas de Steiner.

La reflexión de George Steiner sobre el arte, las letras, y la cultura en general no se detuvo en la práctica textual y en los niveles historiográficos, sino que también emprendió su

propio riesgo hermenéutico de forma decidida, como hizo en *Real presences*, de 1986. Para empezar, el título nos transporta a la más prístina teología cristiana, *præsentia realis*, la creencia católica en la eucaristía, aunque la expresión también puede tener una raíz platónica. Steiner profundizaba en las artes y su sentido de inspiración religiosa, o de impulso divino. Sus presupuestos no eran dogmáticos ni intuitivos, sino que se limitaban a seguir una indagación en los contenidos y en las formas artísticas de una manera original, como solo él sabía para aclarar “las repudiaciones teológicas y metafísicas que hay en el fondo de la empresa de la desconstrucción”. Para Steiner este tipo de método rechazaba el significado y, por tanto, la libertad personal. Al fin y al cabo llegó a decir que tras la obra de arte hay algo más. No obstante, algún crítico llegó a escribir que esta obra tenía mucho de especulación y poco de argumento.

En realidad, tanto juicio crítico, tanta cita y tanta referencia pueden, en ocasiones, parecer mera especulación, pero en Steiner es una señal



En *After Babel* desplegó su más profundo conocimiento del lenguaje de forma sistemática, ocupándose de teorías lingüísticas y culturales, de la percepción del conocimiento y de los aspectos a considerar en el complejo fenómeno de la traducción

de identidad, honrada y directa. La cita tiene, como recordaba Antoine Compagnon hace años, la función de mostrar los apoyos del autor, la base en la que uno se fundamenta para evitar que todo parezca simplemente una acrobacia mental de mayor o menor brillantez. En cualquier caso, *Real presences* aportó una visión distinta sobre la creación artística y su trascendencia estética e intelectual.

El rigor siempre acompañó a Steiner, lo que se demuestra al tratar un autor o una obra determinada. Así ocurre en *Antigones* (1984), larga monografía en la que articula un profundo análisis de las diversas interpretaciones de la obra de Sófocles, por lo que usó el plural del nombre propio. Steiner afirmaba: “No es evidente que ninguna otra obra literaria haya despertado un interés filosófico y poético tan grande como el que suscitó la *Antígona* de Sófocles durante fines del siglo XVIII y todo el siglo XIX”. La pervivencia del mito de Antígona a través de los tiempos, la obsesión con sus significados y claves, su origen en la supremacía de Sófocles, la supremacía ateniense, convirtieron a la obra en una constante en el pensamiento histórico: “En *Antígona*, la dialéctica de la intimidad y de lo público, de lo doméstico y de lo más cívico se expone explícitamente”. Steiner explora la forma en que se ha entendido todo esto a través de la historia y bajo diferentes formas artísticas: lo público y lo privado, la imposición política y la libertad individual, las relaciones de parentesco, el deber y el hacer. Desde Hegel y Goethe a Kierkegaard y a diferentes autores, analizaba Steiner las diversas interpretaciones de la obra y es importante señalar que las críticas las hacía a partir

de las ediciones que se manejaban. Así, al tratar de Hölderlin, explicaba que este no tuvo a su alcance una edición apropiada y que su conocimiento del griego clásico no era suficiente para entender la “rutina filológica”, lo que le llevó a interpretar mal lo que Sófocles escribiera. Esta clase de observación es la que hace la crítica de Steiner valiosa: la ponderación de la lectura es fundamental y cualquier error llevará a fallos interpretativos, a conclusiones erróneas. A este respecto, *mutatis mutandis*, me atrevo a decir que en ocasiones se frivoliza bastante sobre autores y obras y se desconoce la época que se estudia; cuando no se dominan las lenguas de las crónicas, de los documentos o de la obra literaria que se pretende explicar, entonces se produce esa ligereza tan común y frecuente que puede observarse más de una vez.

Precisamente, la crítica de Steiner mantiene como principio ese profundo y detallado conocimiento del lenguaje, de su significación y de su variación y cambio en el tiempo. Puede resultar apabullante tanta cita, tanto autor, tanta referencia, pero no deja nada al azar y se comprometía con la precisión de las fuentes y su explicación. Su crítica, ciertamente, no es superficial ni imprecisa. Y otra cuestión que hay que enfatizar es la vertiente doble, a veces separada o paralela, de lo filosófico y lo poético. No es lo mismo, pero hay señas de identidad que George Steiner continuamente mencionaba y explicaba: la búsqueda de un pensamiento que revele la verdad del mundo, el sentido de la realidad y cómo todo esto aparece en la literatura; y a la vez, cómo se representa todo ello en la escritura, cómo colocan las palabras esos significados, esas intenciones. Verdad y

realidad, y la representación de las mismas, constituyen de forma unívoca una vocación comunicativa sutil y dinámica.

Este libro, *Antígonas*, aporta además esa visión de lo clásico griego como una vigencia potente en todo el siglo XIX y principios del siglo XX. Sin embargo, cabe preguntarse si esto sigue siendo así. Quizás, ante un panorama intelectual y cultural como el actual, sea necesaria la presencia de libros como este de Steiner, alumbrando toda una tradición y un conocimiento seculares, de seguidores, editores, traductores, intérpretes de un clásico como *Antígona*. La presencia de las versiones dramáticas de Bertolt Brecht o de Jean Anouilh, o las óperas de Arthur Honegger y de Carl Orff siguieron un recorrido preciso, que George Steiner se encargó de desentrañar en su complejo entramado histórico y técnico, la composición musical: “La partitura de un texto es un acto de interpretación tan radical como la traducción, el comentario o la representación”. Esta clase de juicio evidencia algo más que una sesuda reflexión, pues tras él hay todo un entendimiento de los diversos procesos lectores, interpretativos y musicales que se ponen en marcha ante tales empresas.

Ni que decir tiene que mucho de lo hasta ahora expuesto se relaciona con el debate secular sobre la cultura, o la Cultura. Sobre esto tam-

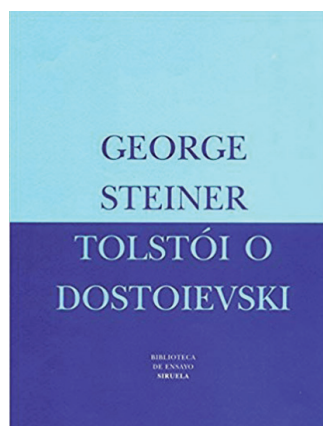
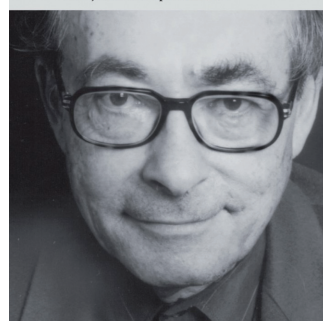
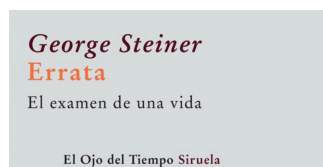
La reflexión de Steiner sobre el arte, las letras, y la cultura en general no se detuvo en la práctica textual y en los niveles historiográficos, sino que también emprendió su propio riesgo hermenéutico de forma decidida

bién escribió Steiner en su librito *In Bluebeard's Castle*, de 1971. El título hace alusión a la ópera de Bela Bartok en la que la esposa de Barbazul, Judith, pide que se abra la última puerta de la noche. Para Steiner, en relación a una teoría de la cultura, nos hallamos como Judith pidiendo que se abra la última puerta de la noche: la que revela la verdad, la barbarie, la iniquidad humana. El subtítulo del libro es “Algunas notas para la redefinición de una teoría de la cultura”, con explícita referencia a la obra de T.S. Eliot, *Notas para la definición de la cultura*, de 1948. Steiner afirmaba que esa obra de Eliot constituye un fracaso, pues se ocupa de algo tan complejo en un momento atroz y se apoya en el cristianismo y en el papel de la cultura europea justo a los tres años de conocerse el Holocausto; no comprendía que Eliot hubiera podido pasar de largo de todo lo ocurrido en los últimos años. De ahí pasaba a tratar el problema del antisemitismo, la influencia del monoteísmo del monte Sinaí, el supuesto monoteísmo cristiano que es en la práctica un politeísmo, con un Dios padre, un hijo, el Espíritu Santo, la Virgen María, los santos... La visión de la cultura como fomento del cultivo del pensamiento en las artes y en las letras, una concepción clásica, no la consideró Steiner una vacuna contra la barbarie, auténtica plaga del siglo XX, pues cuando se acabó lo que él llamaba el “jardín del siglo XIX” el mundo volvió atrás a partir de 1915. No resultaba ingenuo, tampoco, pues se sabe que ese era el resultado de una sociedad injusta en la metrópolis y en la periferia colonial, con una clase obrera explotada y unos pueblos sometidos. Atribuyó esa corriente nihilista y escéptica que se impone a partir de la segunda mitad del siglo

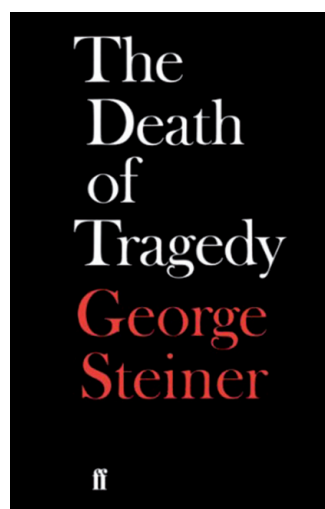
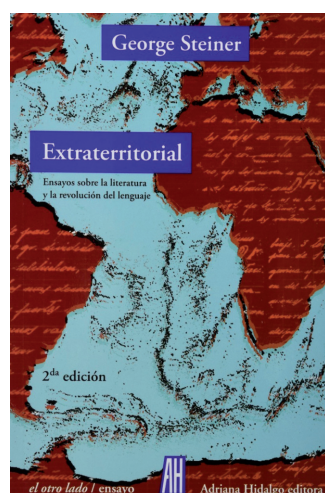
XX a una búsqueda de aplacar las furias del presente degradando el pasado. Pensaba también que, históricamente, las relaciones del poder, que va de lo cortesano y aristocrático a lo burgués y luego a lo burocrático, fomentaron un programa de cultura clásica y se convirtió su transmisión en un procedimiento deliberado; lo que se entiende por una democratización de la “alta cultura” se había convertido en un híbrido con adulteración y debilitamiento de las producciones de la literatura clásica.

Además, Steiner insistía en la necesidad de enfatizar la presencia de las ciencias y de la música en la cultura, lo que le llevó a comentar sobre el conflicto de “las dos culturas”, que en su día protagonizó F.R. Leavis contra C.P. Snow, y que comentó Lionel Trilling. Steiner admitía que el científico cree en la curva del tiempo y el humanista mira hacia atrás, se queda en las amadas sombras, mientras que el científico tiene delante la luz y el tiempo. Ciertamente, tales afirmaciones pueden parecer dogmáticas y ancladas en unos momentos distantes, por muy bien que se fundamenten aunque precisen detalle y matices. Pero, en resumen, Steiner mantuvo la polaridad de ambas orientaciones que hoy más de uno rebatiría.

Sobre su propia visión del mundo, de manera explícita a veces, escribió Steiner *Errata. An Examined Life* (*El examen de una vida*), en 1997, donde desgranaba reflexiones de su infancia sobre el conocimiento en general: “Crecí poseído por la intuición de lo particular, de una diversidad tan numerosa que ningún trabajo de enumeración podría clasificar”. De ahí su vasta erudición, su sentido relacional tan



Puede resultar apabullante tanta cita, tanto autor, tanta referencia, pero no deja nada al azar y se comprometía con la precisión de las fuentes y su explicación. Su crítica, ciertamente, no es superficial ni imprecisa



amplio y su búsqueda incesante de explicaciones. En esta obra llegó a explicar a las claras su desconfianza de las teorías por lo que tienen de mendaz al querer justificar interpretaciones en las humanidades en general. Se mostró escéptico y seguro al afirmar que “los teóricos en el poder consideran mi propia obra como impresionismo arcaico. Como heráldica”. Su visión del estudio, de la lectura, del arte, de la música y de la cultura en general no queda anclada en absoluto en teoría alguna. Su visión parte del conocimiento de las obras, de su época y de su propio entendimiento de las mismas, basado todo en un riguroso análisis de antecedentes, y en una profunda lectura de diversas fuentes.

Parece ser que cuando más sorprendió al público lector fue hace unos años con su *My Unwritten Books* (*Los libros que nunca he escrito*) de 2008, donde escribió de diversos asuntos de forma muy directa. Así se ocupaba de la existencia de Dios, del sexo y del judaísmo, entre otras cuestiones, con una experiencia intelectual probada por lo menos en aquello que requiere más de lo intelectual. Su acercamiento a la muerte tiene que ver mucho con el conocimiento gramatical, o el condicionamiento que esto nos impone: “Nuestra capacidad semántica para trascender, para negar los brutales imperativos de nuestra condición orgánica, para discurrir con la muerte depende del ‘absurdo’ in-

Steiner admitía que el científico cree en la curva del tiempo y el humanista mira hacia atrás, se queda en las amadas sombras, mientras que el científico tiene delante la luz y el tiempo

ductivo de la brujería de los futuros verbales”. Sostenía Steiner que los animales intuyen el peligro pero no se imaginan más allá de sí mismos. Por el contrario, el ser humano programa acciones y habla con perspectiva de milenios, con una sintaxis del futuro. Concluía al respecto: “Lo que nos singulariza ontológicamente”.

Supongo que a tenor de lo expuesto, y de toda la obra de George Steiner, habrá quien concluya que se trata de un es-

critor centrado en Occidente y dedicado a reflexionar sobre múltiples facetas y tendencias sin decantarse por algo en concreto, de forma ideológica, con rigor militante. Supongo, igualmente, que quizás dentro de treinta años nadie se quiera ocupar de esos diarios inéditos que quedan por conocer o muy pocos quieran hacerlo. Y también supongo que sin la ingente, delicada y profunda obra de George Steiner, gran parte del pensamiento en torno a las artes

y a las letras, y el Humanismo, habría continuado más débil y quizás huérfano, y este último largo medio siglo se habría quedado sin un cabal hermeneuta. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Tolstoy or Dostoevsky: An Essay in Contrast* (1960) (*Tolstói o Dostoievski*, Madrid, Ediciones Siruela, 2002).
- The Death of Tragedy* (1961) (*La muerte de la tragedia*, Barcelona, Azul Editorial, 2001).
- Anno Domini: Three Stories* (1964) (*El año del señor*, Barcelona, Ed. Andrés Bello, 1997).
- Language and Silence: Essays 1958-1966* (1967) (*Lenguaje y silencio: ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1994).
- In Bluebeard's Castle: Some Notes Towards the Redefinition of Culture* (1971) (*En el castillo de Barba Azul: aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1991).
- Extraterritorial: Papers on Literature and the Language Revolution* (1972) (*Extraterritorial: ensayos sobre la literatura y la revolución lingüística*, Barcelona, Barral Editores, 1973).
- After Babel: Aspects of Language and Translation* (1975) (*Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. Traducción de Adolfo Castañón y Aurelio Major. México: Fondo de Cultura Económica, 1995).
- Antigones* (1984) (*Antígonas: una poética y una filosofía de la lectura*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1987).
- Real Presences: Is There Anything in What We Say?* (1989) (*Presencias reales*, Barcelona, Editorial Destino, 1992).
- Errata: An Examined Life* (1997) (*Errata: el examen de una vida*. Traducción de Catalina Martínez Muñoz. Madrid: Ediciones Siruela, 1998).
- My Unwritten Books* (2008) (*Los libros que nunca he escrito*, Madrid, Ediciones Siruela, 2008. Traducción de María Condor).

PALABRAS CLAVE

George Steiner ● Humanismo ● Lenguaje ● Crítica
● Filosofía ● Clásicos ● Cultura ● Sociedad